

A N N A S A V A S

hold me

HASTA QUE VUELVAS
A ABRAZARME

CROSS
BOOKS

A N N A S A V A S

hold me



CROSSBOOKS, 2025
crossbooks@planeta.es
www.planetadelibrosjuvenil.com
Editado por Editorial Planeta, S. A.

Título original: *Hold me*
© del texto: LYX in Bastei Lübbe AG, 2023
Publicado de acuerdo con Ute Körner Literary Agent – www.uklitag.com

© de la traducción: Laura Obradors, 2025
© Editorial Planeta, S. A., 2025
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

Primera edición: marzo de 2025
ISBN: 978-84-08-29950-9
Depósito legal: B. 3.352-2025
Impreso en España

El papel de este libro procede de bosques gestionados de forma sostenible y de fuentes controladas.

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

1

Zoe

¿Por qué te entiendes tan bien con tus padres?

Porque me dejan ser como soy. No es que me lo permitan todo, pero no evitan que cometa errores. Y sé que siempre están a mi lado, sin importar cuánto meta la pata.

C

—Zoe, ¿dónde te has metido? —brama Caleb por toda la casa. Casi puedo verlo al pie de la escalera, con expresión irritada, mirando el móvil cada dos segundos para comprobar la hora.

—¡Ya voy!

—Supongo que recuerdas que es tu primer día de cole, ¿verdad?

—En efecto —murmuro mientras pongo los ojos en blanco. Es mi primer día, pero no de «cole», sino en la New England School of Ballet. Claro que este detalle no parece importarle a Caleb. En cualquier caso, tampoco es motivo para ponerse tan nervioso.

—¡Vas a llegar tarde!

—¡Deja de gritar como un poseso! —vocifero, y me aparto un mechón pelirrojo de la frente. Atosígame así nunca ha derivado en que saliésemos antes, más bien al contrario—. Ya voy.

Lo oigo rebufar y sonrío. Miro por última vez mi cuarto: los muebles blancos, las sábanas de color crema y la alfombra mullida del suelo. Durante las vacaciones desaparecieron tanto el escritorio como los libros del instituto. El resto —mi ropa, los enseres de ballet y las cositas que quiero conservar en mi nueva habitación— se fue hace unos días, metido en cuatro maletas enormes.

Empecé a empaquetar las cosas hace un mes y estuve todo el tiempo pensando que, si no me ponía a ello con suficiente tiempo, seguro que me olvidaba de algo. Hoy veo que no había motivo para estar tan preocupada. He metido en cajas prácticamente todo lo que tengo.

Una vida entera en cuatro maletas.

Agarro la mochila, me giro y me dispongo a salir de mi cuarto, pero me detengo en el marco de la puerta y acaricio suavemente los números que mamá grababa en la madera año tras año mientras yo iba creciendo. Siento que me invade la nostalgia. Es como si me estuviese despidiendo de mi hogar, pero en realidad no. Puedo regresar siempre que quiera, ya que ni siquiera me mudo a otra ciudad. Me quedo en Boston. Solo me voy al barrio de al lado. En coche no son más de veinte minutos. Sin embargo, se me hace un nudo en la garganta y los ojos se me llenan de lágrimas.

Pero antes de que me pueda poner sentimental, Caleb vuelve a gritar mi nombre.

—¡Ya voy! —respondo por tercera vez; alejo los dedos del marco de la puerta y cruzo el pasillo hasta la escalera.

Mis padres y mi hermano están delante de la puerta, esperándome. Caleb está sentado encima de una de mis male-

tas y, como ya me imaginaba, tiene el móvil en la mano. El pelo, oscuro y rizado como el de papá, le tapa la frente. Levanta la mirada al oír mis pasos y rebufa una vez más con dramatismo.

—¡Por fin!

—Caleb, déjala en paz —le advierte mamá con una sonrisa que la delata.

—Exacto, Caleb, déjame en paz —lo chincho—. No tienes por qué venir si se te hace demasiado largo.

Mi hermano se pone de pie y la maleta sobre la cual estaba sentado se inclina hacia un lado y se cae al suelo con un ruido sordo. Me estremezco y me muerdo los labios para ahogar un chillido. En una de ellas están las guirnaldas de luces. Espero que no fuese esta.

—Pero me perdería la oportunidad de ponerte en evidencia, y eso no me lo perdonaría jamás. —Se acerca a mí y me alborota el flequillo. Intento esquivarlo, pero soy demasiado lenta y el pelo me queda hecho un nido de pájaros.

—Por favor, Caleb, ¿se puede saber cuántos años tienes? —me quito la goma y suelto los rizos justo antes de recogerlos de nuevo en una trenza.

—Unos cuantos más que tú, eso seguro —replica él, riéndose—. Y ahora ¡vámonos de una vez!

Agarra la primera maleta; papá, que se ha divertido observando la escena, coge la segunda y la tercera y se dirige a la puerta detrás de mi hermano.

Mamá me pone una mano en la espalda y me empuja suavemente a la vez que toma el asa de la última maleta.

Unos minutos más tarde, el maletero del enorme SUV de mi padre está lleno a reventar y Caleb y yo nos instalamos en los asientos traseros del coche mientras papá y mamá se sientan en los delanteros.

—No tenéis por qué venir todos, de verdad —insisto en vano una última vez para ver si puedo convencerlos. Probablemente sea la única estudiante que llegue acompañada de toda su familia.

—Por supuesto que sí —contestan papá y mamá al unísono.

Ella se gira y veo que los ojos, verdes, le brillan de una forma sospechosa.

—Estamos tan, tan orgullosos de ti...

Siento que me sonrojo y abro la boca para replicar, pero Caleb me toma de la mano y la aprieta suavemente.

—Déjala —susurra—, hoy su hijita se va de casa.

Quiero replicarle que todo esto son pamplinas, pero entiendo por qué lo dice y, al ver el brillo en la mirada de orgullo de mi madre, cierro la boca con un ruidito.

—Quién habría dicho que llegarías tan lejos. —Forma una sonrisa tan grande con los labios que las pecas de las mejillas casi le brillan de felicidad.

—Yo —afirma mi padre sin apartar los ojos de la carretera.

—Gracias, papá.

Me guiña el ojo a través del retrovisor. Sus iris son tan oscuros y cálidos como los de Caleb.

—Yo lo decía en este sentido —refunfuña mamá—. También he creído siempre en ti, cariño, lo sabes. Pero recuerdo el día que te llevamos a tu primera clase de ballet. Eras tan pequeña y torpe, y ahora... Eres muy hermosa y tienes mucho talento y vas a ir a una de las mejores academias de ballet del país. Es tan... —Se le quiebra la voz y se seca una lágrima furtiva de la mejilla. La última vez que la vi tan emocionada fue cuando Caleb y yo terminamos el colegio.

—Venga, mamá, no llores. —Me inclino hacia delante y le pongo una mano en el hombro.

—Eso, que hoy no te has puesto rímel impermeable —añade mi hermano, y le lanzo una mala mirada.

—Eso no ayuda —le susurro entre dientes, pero mamá suelta una risa medio ahogada y Caleb sonrío, todo ufano.

—Yo siempre ayudo.

—Tú lo que eres es un pesado —replico, pero ambos sabemos que no lo digo en serio. Caleb es mi hermano mayor y, aunque a veces sí es un plasta, por encima de todo es mi mejor amigo.

—Yo también te quiero, hermanita adorada —añade mientras me tira suavemente de la trenza.

Ya está, me rindo: hoy no es día para llevar el pelo recogido.

Me suelto los rizos mientras dejo escapar un suspiro; renuncio a un tercer intento de recogérmelos y agarro la mochila para asegurarme de que tengo todo lo que necesito. Nunca se sabe.

Sin embargo, antes de que pueda ni siquiera mirar dentro, Caleb me la quita de las manos y la pone en el suelo, entre sus pies, ignorando mis protestas.

—Lo tienes todo —dice con voz firme—. No hace falta revisarlo cuarenta mil veces. Ya lo has mirado antes, justo al terminar de desayunar.

—Deja que lo compruebe una vez más —le suplico; tengo la necesidad de asegurarme. Estiro el brazo para alcanzar la mochila, pero Caleb la aparta con el pie—. Venga, Caleb, por favor. Y si he olvidado algo, ¿qué?

—Eres la persona más perfeccionista que conozco: no te dejas nada.

Probablemente tenga razón, pero ¿y si no?

—Además, aunque hubieses olvidado algo, uno de nosotros te lo podría traer en un momento, o tú misma ir a casa a buscarlo —continúa, imperturbable, como si me hubiese leído la mente.

—Como mínimo mira si he metido la carpeta. Ahí tengo toda la documentación que necesito.

Caleb suelta un bufido, pero abre la mochila; acto seguido, la cierra. Me ha bastado para ver la carpeta gris que recibí hace unas cuantas semanas junto con la carta de confirmación de la plaza. Suspiro aliviada y me dejo caer en el mullido asiento del coche.

Todavía es raro pensar que me han aceptado de verdad. Es irreal. Como un sueño.

Mi sueño.

Que se ha hecho realidad.

Anhelaba entrar en la New England School of Ballet desde la primera vez que consideré la danza algo más que una simple afición.

Para mí, el ballet lo es todo. Quiero llegar a lo más alto. A los grandes escenarios. Y poder ir a esta academia es dar un gran paso hacia este objetivo.

Cuando papá aparca justo delante del campus, Caleb suelta un silbido de admiración.

—¿Seguro que estamos donde debemos? Esto no parece una academia de ballet, ni por asomo.

—Es una pasada, ¿a que sí? —Siento que el corazón me salta de emoción. No me hace falta oír la respuesta de Caleb: es una pasada, se mire por donde se mire.

Caleb y papá sacan las maletas del maletero y todos cruzamos el aparcamiento en dirección a la cancela de hierro forjado, tan alta como el muro de piedra arenisca que rodea el campus.

Mis labios se estiran en una gran sonrisa en el momento que cruzo el arco del umbral, donde se puede leer el nombre de la academia escrito en letras claras y sobrias.

Qué sitio tan hermoso. Delante de nosotros, justo en medio de las instalaciones, está la joya del campus: el teatro, con una escalinata tan grande en la entrada que recuerda la del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York. No es tan grande, pero sí igual de imponente. El resto de las instalaciones están construidas alrededor del teatro. Por la parte trasera se encuentra el edificio de administración, entre el aulario donde se imparten las clases teóricas y el centro de entrenamiento, donde no solo hay un montón de salas de danza, sino también un gimnasio, una piscina y una sauna. A cada lado del teatro hay una residencia: en una están los alumnos más jóvenes, los que todavía cursan secundaria, y en la otra, los mayores, que ya estudian danza. Todos los edificios son de arenisca y están contruidos al estilo victoriano característico de Back Bay, el barrio en el que viven los ricos y poderosos de Boston. Detrás, hasta el muro de piedra, hay una gran extensión de césped verde.

Por todo el campus hay grupos de estudiantes que se saludan alegremente tras haber pasado varias semanas sin verse durante el verano. Algunos, sobre todo los más jóvenes, van acompañados de sus padres, pero la mayoría no.

—¿Adónde tenemos que ir? —pregunta papá, mirándome inquisitivamente por encima del hombro, y le señalo el edificio de administración.

—Primero tengo que recoger la llave de mi cuarto —respondo, mientras repaso mentalmente a partir de qué hora puedo acceder a la habitación y dónde tengo que ir a que me den la llave.

Junto con la carta de aceptación vino un paquete que incluía una sudadera gris con el emblema del centro y una carpeta con toda la información necesaria para los primeros días: el horario de las clases, el programa de la primera semana, con las citas con el fisioterapeuta y la nutricionista, un

mapa del campus y la normativa, con todas las disposiciones relativas al consumo de drogas y alcohol. Además, también contiene un corto párrafo sobre la indumentaria que hay que llevar a las clases y uno significativamente más largo dedicado a cómo lidiar con los trastornos alimentarios.

Todo está planificado al detalle, y no solo la primera semana, sino también el primer día. Entre las diez y las tres, los nuevos alumnos tienen tiempo para llegar, matricularse, recoger las llaves e ir a sus dormitorios. A las cuatro, el director dará el discurso de bienvenida en el teatro, y más tarde está planificado que haya una cena conjunta para que nos conozcamos todos.

—Zoe, te esperamos aquí, ¿vale? —La suave voz de papá me saca de mi ensimismamiento y me detengo. Mamá, Caleb y él están de pie delante del edificio de administración, y yo ya tengo un pie en el primer peldaño de piedra.

—Claro, ahora vuelvo. —Sin esperar respuesta, subo escalera arriba y cruzo el umbral de la puerta de entrada.

El interior es sorprendentemente fresco y silencioso. El único ruido que interrumpe la quietud que impera entre aquellas cuatro altas paredes son algunos susurros aislados. Al entrar se accede a una especie de recepción y, delante de unos grandes ventanales que dan a la parte posterior del teatro, hay un rincón agradable con dos sofás, mesitas redondas y varias butacas. La cálida luz que entra desde fuera dibuja sombras en el parqué oscuro del suelo y en las altas paredes decoradas con numerosas imágenes de bailarines inmortalizados en medio de todo tipo de figuras.

Hay varios grupos de chicos con sus padres. La mayoría parecen tener mi edad, algunos tienen la vista fija en su teléfono y otros charlan.

Me coloco detrás de dos chicas que hacen cola delante de la recepción, pero el proceso es rápido y diez minutos más

tarde cruzo de nuevo el umbral de la entrada con la llave de mi cuarto en la mano.

—¿Todo bien? —pregunta mamá con una mano a modo de parasol al ver que ya regreso.

—Todo perfecto. Tenemos que ir allí —respondo mientras señalo la residencia. Cuando nos ponemos en marcha, me coloco al lado de Caleb, que, como siempre, no aparta los ojos del móvil.

Espero a que papá y mamá se hayan alejado un poco y, con una sonrisa y una mirada de sospecha, doy un golpecito a la pantalla del teléfono de mi hermano.

—Tengo la sospecha de que no has venido para dejarme en evidencia delante de nadie, sino para distraerte. ¿De quién es el mensaje que esperas tan ansiosamente?

Caleb se pone rojo como un tomate. Está tan ruborizado que casi parece adorable.

—De Parker.

—¿En serio? —Se me escapa un gritito de emoción—. ¿Desde cuándo os estáis mandando mensajes?

—Desde hace unas semanas. —El tono de rojo sube de intensidad.

—¿Y me lo dices ahora? —replico, fingiendo indignación.

—Es que no hay nada que contar. Solo nos escribimos, nada más.

—Pero ¡te gusta desde hace meses! Que os estéis escribiendo ya es mucho.

—Ya, pero... —No termina la frase y pone una mueca de inseguridad. Eso no es nada propio de él.

Mi hermano es la persona más segura de sí misma que conozco. Me saca dos cabezas y tiene la corpulencia de un *quarterback*, tal como le corresponde. Juega en el equipo de Harvard, donde va a empezar su segundo curso, y tiene grandes planes. Terminó el instituto con matrícula de honor

y, cuando acabe el grado, quiere ir a la Harvard Business School para cursar un máster y entrar en la empresa de cosméticos de mamá. Es un chico imponente, y lo sabe. Pero cuando Parker entra en escena, lo asaltan mil y una inseguridades. Y cada vez que le veo zozobrar así se me encoge el corazón.

—¿De qué tienes miedo? —le pregunto, dándole un golpecito tierno.

—¿De no gustarle?

—¿Es una pregunta?

—Zoe...

—Le vas a gustar —lo interrumpo—. Estoy segura. No puedes no gustarle.

—Vaya que si puedo —murmura Caleb, y se pasa las manos por entre los rizos oscuros.

—Pero no va a ocurrir —insisto. Los labios de Caleb forman una media sonrisa torcida, pero no parece convencido. Veo que voy a tener algo más de trabajo.

—Mmm... —musita.

—Confía en mí.

—Es en mí en quien no confío.

—Pues ya va siendo hora.

—Muy bien, pero hoy es tu día, así que vamos a centrarnos en ti, ¿vale?

Hago ademán de protestar, pero llegamos a la entrada de la residencia. Papá abre la puerta y Caleb me empuja con firmeza hacia dentro.

Me invade un hormigueo de emoción cuando entro en el edificio que se va a convertir en mi hogar durante los próximos cuatro años y en ese instante me doy cuenta de que es real, de que está pasando: estoy aquí, en este edificio alargado de piedra arenisca con las paredes claras y el suelo oscuro y gastado. Tiene cuatro pisos, pero no hay ascensor. En la

planta baja está el comedor, y en el resto, las habitaciones y las salas de estar, una por piso.

Mi habitación está en el cuarto, justo debajo del techo, al fondo del pasillo, la penúltima puerta. Me detengo ante ella y, al sacar las llaves del bolsillo, atisbo de refilón el interior del salón que tiene al lado.

No puedo evitar sonreír. Y mi sonrisa todavía se hace más grande cuando al fin pongo los pies en el interior de mi nuevo cuarto. El suelo, de madera oscura, contrasta con las paredes blancas, decoradas con una moldura en la parte superior. Hay un pequeño recibidor con el sitio justo para un perchero, pero después se extiende una estancia amplia con altas ventanas de repisa ancha. La cama es más pequeña que la que tengo en casa, igual que el armario, pero hay más espacio de lo que esperaba. También hay un escritorio con una silla, y justo al lado de la puerta de entrada está el baño. Es diminuto, pero aquí voy a tener mi propia ducha, mi propio lavabo y mi propio váter. A pesar de que el parqué sea oscuro, el blanco de las paredes y las dimensiones de las ventanas llenan la habitación de luz, y a pesar de que solo haya un par de muebles, igualmente blancos, la moldura le da un encanto especial al cuarto.

—Estos dormitorios son claramente mejores que los de Harvard —concluye Caleb, mientras deja caer la maleta al suelo. Se me escapa una risotada.

—Si ni siquiera vives en el campus.

Mi hermano lleva un año yendo a la universidad, pero solo ha puesto los pies en la residencia una única vez. La verdad es que la alternativa es mucho más bonita. Vive con sus mejores amigos en un ático en el barrio de West End. No hay residencia que se le pueda comparar.

—Pero he visto las residencias. Y esto es mucho mejor.

—Sí, tienes razón —admito.

—¿Necesitas ayuda para deshacer la maleta? —pregunta mamá, pero niego con la cabeza.

—No, gracias, no hace falta.

—Lo que no quieres es que nadie perturbe el sacro orden de tu habitación —concluye Caleb.

—¿Algún problema? —replico con la nariz arrugada.

Me gusta el orden. Es lo único que he heredado de papá. Mamá y Caleb viven en el caos y para mí es un enigma sin respuesta cómo son capaces de encontrar nada cuando lo necesitan. Cada una de mis cosas tiene su sitio asignado y por este motivo soy yo quien tiene que deshacer la maleta.

—Bueno, pues parece que ha llegado la hora de irse —dice papá, abriendo los brazos para darme un buen abrazo—. Que vaya todo muy bien, cielo.

—Gracias, papá —susurro, y de repente siento que tengo un nudo en la garganta. Ay, no, ahora no quiero llorar. Si flaqueo, mamá no se irá nunca.

—Lláname si necesitas cualquier cosa. O también si no necesitas nada. Me puedes llamar siempre. —Mamá me da un sonoro beso en la frente tras haberme liberado del abrazo osuno de papa. Veo que en sus ojos vuelven a brillar lágrimas. Carraspea y me acaricia el pelo—. Estoy muy orgullosa de ti.

—Enséñales lo que es bueno. —Caleb me rodea con los brazos y me levanta hasta que mis pies no tocan al suelo.

—Aquí hacemos ballet, no jugamos al fútbol —le recuerdo, y sacudo las piernas para que me suelte. Hasta que fui lo suficientemente mayor como para defenderme, Caleb siempre me llevaba de un lado para otro como si fuese una muñeca.

—Da igual, enséñaselo igualmente. Y no olvides nunca lo buena que eres. Y lo fuerte que eres. —Me vuelve a poner en el suelo, me voltea para que lo mire y estira el meñique hacia

mí. Su expresión es muy seria y sé perfectamente a lo que se refiere.

En este instante me lleno de calma y lo único que oigo es el susurro de la sangre en mis oídos.

Levanto la mano y enlazo mi meñique con el suyo.

—Te lo prometo.